

# IVÁN «EL TERRIBLE» EN LA HISTORIOGRAFÍA RUSA Y SOVIÉTICA

per

*Miguel Carlos Ibáñez Fos*

(UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)

Cuando Guy Mollet en una entrevista concedida el 12 de diciembre de 1963 por Nikita Krushev en el Kremlin, le solicitó que precisara la diferencia entre las manifestaciones patológicas de Iván el Terrible y Stalin, éste contestó: *«Stalin fue un tirano loco, al igual que Iván el Terrible, pero con una diferencia, que el zar exterminaba a sus enemigos, mientras que Stalin hacía ejecutar a sus amigos».*

Las palabras de Krushev testimonian, entre otras cosas, el vivo interés que la sociedad rusa manifestó siempre hacia los grandes personajes históricos. Interés suscitado a lo largo de los tiempos por las sucesivas escuelas históricas que jalonan el vasto espectro historiográfico ruso-soviético. Unas veces con la finalidad de ensalzar, glorificar y mitificar a monarcas, príncipes y caudillos militares, otras, a fin de denostar o difamar sus gestas y hazañas. Ejemplo de ello sería el tratamiento privilegiado y generoso que según épocas y escuelas historiográficas se le ha concedido a personajes como Rurik, fundador de la primera dinastía rusa —aunque de origen confuso—; A. Nevski, héroe épico medieval y batallador incansable, vencedor de los suecos en 1240, de los teutones dos años después y enemigo acérrimo de Batú, jefe de la «Horda de Oro»; Vladimir de Kiev, monarca cristianizado y evangelizador; Iván III, unificador de los principados rusos en torno a Moscú; Pedro I, zar occidentalista; ó Catalina la Grande, interesada en los primeros años de su reinado por la fisonomía de la Ilustración. Todos ellos quedan integrados en una abigarrada iconografía histórica que abarca al mismo Stalin. Por encima de todos ellos resalta la figura de Iván IV (1533-1584), más conocido por Iván «Groznyi» (*Terrible*).

La atracción que la personalidad del primer zar de Rusia ha ejercido sobre la historiografía rusa, se manifiesta en los numerosos trabajos que le han sido dedicados. Lamentablemente, en la mayoría de los casos, estos trabajos no pasan de ser una mera descripción de las patologías del zar y del consiguiente

diagnóstico psicológico, aventurado por algunos historiadores rusos del siglo XIX. Desde finales del XIX, los estudios se vuelven más serios, y ya no interesa tanto el conjunto de señas que presenta la enfermedad de Iván IV, cuanto las consecuencias nefastas de la misma sobre el conjunto de la sociedad. El avance metodológico habrá sido mínimo pero importante, permitiendo a los historiadores soviéticos de la primera generación, desembarazarse del pesado lastre que supone la personalidad del zar en la explicación global del siglo XVI ruso. En este breve ínterin, Iván el «Terrible» llega prácticamente a desaparecer de los trabajos de investigación de los años 20, adoptando el estatus de no-personaje y de excluido histórico del siglo XVI, para reaparecer posteriormente durante el período estalinista.

Serán estos unos años de alabanzas y de actos de desagravio para con el que fue el primer zar de Rusia. El magnetismo y la atracción casi morbosa —y morbífica— que experimentaba hacia la personalidad política del zar, el líder de la patria Stalin, reclinó de nuevo la figura de Iván el Terrible sobre el diván del psicoanálisis histórico y dió como resultado la publicación de numerosos trabajos cuasi hagiográficos, en los que la finalidad no sería otra que la de modelar una imagen de Iván el Terrible, acorde con los gustos del nuevo zar, Stalin.

El objeto del presente artículo como ya se ha dejado entrever, no es otro que el de intentar establecer a través de un largo proceso cronológico, el discurso de poder continuista de la historiografía ruso-soviética, concerniente a una determinada personalidad histórica, en este caso la de Iván IV (1522-1584), pero es también el de entenderlo como «*un discurso del esplendor a través del cual el poder fascina, aterroriza, inmoviliza*».<sup>1</sup> El miedo al poder sería pues la consecuencia de una forma de práctica discursiva, que ha sido totalmente ignorada por Jean Delumeau.<sup>2</sup> Sin embargo, los supuestos giros, cambios, transferencias y rupturas metodológicas de las diferentes corrientes y escuelas —eslavófilos, estatistas, normatistas, populistas, materialistas, etc.— que dibujan la geografía historiográfica, no deben ocultar los «grandes zócalos inmóviles y mudos» de los que habla Foucault. A pesar de todo ello, nos parece de mayor eficacia, por cuanto se trata de una historia de las ideas de las escuelas históricas, atender a las categorías de discontinuidad, de diferencia, así como a las nociones «foucaultianas» de umbral, de ruptura y de transformación.

<sup>1</sup> M. FOUCAULT: «*Genealogía del Racismo*». Madrid: Las Ediciones de la Piqueta, 1992.

<sup>2</sup> J. DELUMEAU: «*El miedo en Occidente*». Madrid: Taurus, 1989. En esta extensa obra repleta de temores sobrenaturales, el autor omite lo que en mi opinión merece un estudio pormenorizado como el análisis del miedo al poder, que a través de todas sus manifestaciones invadió el ámbito público y privado de las clases sociales más desprotegidas.

La génesis del interés historiográfico por Iván IV, se produce precisamente en vida del zar, y será Alexander Kourbski (1528-1583), el artífice de la primera obra histórica que en forma de crónica relatará detalladamente su reinado. Príncipe ruso, fue durante la juventud del zar uno de los personajes más importantes del consejo gubernamental, la «Rada», dirigiendo la guerra contra los tártaros de Kazán en 1552. Sin embargo, cuando Iván IV desencadene la ofensiva contra la alta aristocracia y los boyardos, Kourbski no tendrá más remedio que buscar refugio en la corte del rey de Polonia-Lituania, Segismundo-Augusto, siempre dispuesto a acoger a los gentilhombres moscovitas en ruptura del Ban. Deseoso de desorganizar la milicia del zar, el rey no tenía ningún inconveniente en enviar proposiciones secretas y atractivas a los boyardos y dvorianos (pequeña nobleza militar moscovita), ofreciéndoles tierras y privilegios en Lituania. Allí, escribiría Kourbski la «*Historia del Reinado de Iván IV, Iván el Terrible*».<sup>3</sup>

Aunque la crónica de Kourbski se ajusta con más o menos exactitud a la definición que de ella nos dan Guy Bourd e y Herb e Martin,<sup>4</sup> y Kourbski escenifica la historia como si de un gran espectáculo se tratara y «...bosqueja paisajes históricos, en los que las fechas-hitos corresponden a lugares destacados de la geografía», y hace intervenir en cada escena a los autores del verdadero drama. Lo cierto es que la obra del príncipe exiliado adopta en el fondo, el contenido de una anti-crónica anclada en el tránsito de la cultura medieval a la humanista, «*de una contrahistoria de la servidumbre oscura, de la decadencia, de la profecía y de la promesa, del saber secreto que hay que encontrar y descifrar*».<sup>5</sup>

Si en la primera parte de la obra, Kourbski enfatiza la antigüedad del reino, rescita a los grandes antepasados del zar y reencuentra las gestas de los h eros fundadores del imperio y de las dinastías, su propósito no es otro que el de exponer escatol gicamente las nefastas acciones de Iván el Terrible, que en su af n y delirio genocida y destructor, precipitaron a la «Santa Rusia» en el abismo del Apocalipsis. Nos hallamos por tanto frente a una historia cuya finalidad, no es legitimadora del poder unívoco y autócrata de Iván el Terrible, pero lo es desde el momento en que Kourbski, patriota ardiente, apasionado del ideal del «Santo Imperio de Rusia», se compadece, —en palabras de Solovieff—

<sup>3</sup> A. KOURBSKI: «*Histoire du R gne de Jean IV (Ivan Le Terrible)*» Genève: Librairie Droz, 1965.

<sup>4</sup> G. BOURGE, i H. MARTÍN: «*Las Escuelas Históricas*» Madrid: Akal, 1992.

<sup>5</sup> M. FOUCAULT: «*Genealogía...*» op. cit. p.82

de las desgracias debidas al despotismo, preconizando una monarquía atemperada, siendo la Religión uno de los frenos del poder despótico y omnipotente del zarismo del siglo XVI. Es en nombre de la dignidad humana por la que Kourbski abandona su patria, para poder abominar libremente del despotismo y exhortar al zar a enmendarse, amenazándole con el Juicio Final.

Las constantes alusiones a la Biblia denuncian a Kourbski como uno de los escasos representantes del Humanismo en Rusia, la cual, privada de enseñanza y atacada por una profunda latinofobia, permanecía casi impermeable a las influencias del Renacimiento. Sin embargo siguiendo a Foucault, podemos asimilar la crónica de Kourbski a una forma de historia de tipo bíblico o hebreico, definida como el discurso del levantamiento y de la profecía, del saber antagonista y de la incitación a la reversión violenta de las cosas. Porque la Biblia, según Foucault<sup>6</sup> desde finales del Medioevo constituyó el arma de la miseria y de la insurrección, siendo la palabra de la sublevación de la gente contra la ley y contra la gloria, contra la ley injusta del rey y contra la bella gloria de la Iglesia. La Biblia, fue la gran forma en la cual se presentaron las objeciones religiosas, morales, políticas, al poder del rey y al despotismo de la Iglesia. Sólo de esta manera resulta explicable el apuntalamiento de citas bíblicas sobre el que Kourbski permite descansar su discurso histórico-moral.

La crónica de Kourbski quiere mostrar que el poder, los poderosos, el zar y las leyes, han ocultado el hecho de haber nacido de la opresión sobre el débil en el marco de una Babilonia medieval, «en donde los sacerdotes obedecen a Belcebú»,<sup>7</sup> e Iván el Terrible «...seducido por sus secuaces se adentra en la larga ruta del Anticristo».<sup>8</sup> Nos encontramos en una época transitoria en la que la responsabilidad histórica comienza a desplazarse de Dios al zar, y que será uno de los rasgos característicos de las prácticas discursivas históricas en la Rusia del siglo XVIII.

El siglo XVIII, asiste al nacimiento de nuevas tendencias en el desarrollo del pensamiento histórico. El debilitamiento de la influencia de la iglesia sobre la vida espiritual, el nacimiento de la instrucción secular, el desarrollo de la imprenta y el interés que entre los círculos palaciegos de Pedro I y de Catalina la Grande despierta la filosofía ilustrada y la historiografía occidental, determinarán un importante avance en el conocimiento histórico.<sup>9</sup> Sin embargo, el es-

<sup>6</sup> M. FOUCAULT: Ibid, p.80

<sup>7</sup> A. KOURBSKI: «Histoire...» op.cit., p.97.

<sup>8</sup> Ibid, p.113.

<sup>9</sup> A. IGLESIAS; «Aproximación a la Rusia Moderna. Perfil Histórico-Cultural de los siglos XVII-XVIII» Ayeres, 1993 nº 6.

tudio del pasado estará ligado a la elaboración de genealogías legitimadoras de las monarquías reinantes, y a pesar del rechazo a interpretar los acontecimientos históricos y sus causas en tanto que fenómenos condicionados por la providencia, el énfasis puesto en los estudios acerca del Estado ruso no deja de poseer un carácter eminentemente providencialista.

Este nuevo interés por la historia del Estado ruso generará una serie de obras, caracterizadas todas ellas por un gran espíritu apologético y nacionalista, en las que el objeto de estudio lo constituirán los artífices de la edificación del Estado, afianzándose esa actitud alegórica y hagiográfica hacia los grandes personajes históricos. El ejemplo lo encontramos en el historiador Chafirov (1669-1739) para quien el zar Pedro I el Grande está insuflado como los antiguos faraones por «...*el talento, la razón sublime y los esfuerzos vigilantes y de celo que Dios le ofrece*». <sup>10</sup> De igual manera Mankiev (m. en 1723), explicaba la división de Rusia por los rasgos psicológicos personales de los príncipes rusos, llegando a desarrollar la idea de la influencia del carácter y de la mentalidad de dirigentes —como Iván III o Iván IV— sobre el curso de la historia rusa. <sup>11</sup> B.I. Kourakin (1677-1727) llegará más lejos en sus disquisiciones históricas, para él, la historia estaba representada por la lucha de los caracteres humanos que se traslucían en las numerosas intrigas palaciegas, <sup>12</sup> pero para Kourakin también tiene importancia la lucha de partidos, entendiéndolo como partido el círculo de amigos políticos. De esta forma explicaba la lucha de la aristocracia de los boyardos contra la nobleza, dependiendo a menudo el resultado de la lucha, de la suerte o del azar en la elección de los hombres de estado.

Es esta una historia «personalista», que arranca desde la crónica del príncipe Kourbski y cuya finalidad es la de exculpar en última instancia a Iván IV o al menos de atenuar la gravedad de sus faltas, repartiendo la responsabilidad entre el Consejo Regente y el Diablo «...*es así, y por otras fraudulentas palabras que estos farsantes de acuerdo con su padre el Diablo, corrompían el alma del zar, que durante este tiempo había llevado una vida buena y piadosa. Es así que ellos desgarraron los lazos del amor espiritual anudados por Dios. Estos hombres malvados los destruirían con sus astutas palabras, perdiendo al zar cristiano que había sido tan bueno durante muchos años y que Dios había embellecido con tantas virtudes*». <sup>13</sup> Aunque los historiadores de la época de

<sup>10</sup> I. D. KOVALTCHENKO i A. E. CHIKLO: «La science historique en Russie pendant la première moitié du XVIIIème siècle». *Hist. Historiography*, 1987, 11, p.49.

<sup>11</sup> *Ibid*, p.50.

<sup>12</sup> *Ibid*, p.50.

<sup>13</sup> A. KOURBSKI:Z «*Histoire...*» *op. cit.*, p.69.

Pedro I —según I.D. Kovaltchenko y A.E. Chiklo— se proponían como objetivo la explicación de las causas y consecuencias de los acontecimientos históricos, comprendiendo su carácter, e intentando determinar su influencia sobre el curso ulterior de la historia, lo cierto es, que el embrión de la explicación racionalista del curso del desarrollo histórico, no excluía en modo alguno el reconocimiento del papel de la influencia divina, algo que aún tardaría varias décadas en ser superado.

Con V.N. Tatischev (1686-1750), según la versión oficial de la historiografía soviética, tiene lugar la culminación del proceso de transformación de los conocimientos históricos en ciencia. Eminente personalidad pública, administrador, diplomático, y colaborador de la actividad reformadora de Pedro I, no es de extrañar que sus obras adquiriesen rápidamente un gran prestigio. En su «*Historia de Rusia*»<sup>14</sup> —abotargada de notas de carácter teológico, filosófico y político, así como de los filósofos de moda: Hobbes, Locke, Bayle y otros—, como fiel servidor a su señor, argumenta la tesis de que la historia de Rusia es la historia de la autocracia, afirmando de esta manera la tesis avanzada por sus predecesores —Chafirov, Mankiev, Kourakin y Prokopovich—, sobre la necesidad histórica del régimen autocrático en Rusia, inaugurado con todos los honores por Iván el Terrible y su «*Oprichnina*». Es evidente que el totalitarismo de Hobbes ejerció más influencia en sus escritos que el escepticismo de Bayle o la ética de carácter hedonista de Locke, este último enemigo de la teoría del derecho divino de los reyes.

Desde la segunda mitad del reinado de Catalina la Grande (1672-1796), comienza a declinar el interés por las ideas de la ilustración, afectando de forma considerable al pensamiento histórico y provocando la oclusión de todas aquellas corrientes históricas, que a excepción de la estatista, encabezada por Karamzin (1766-1826), no centraban su interés en el estudio del Estado como única vía de progreso político y social. La imperiosa decisión de competir con los estados occidentales, desencadenó una nueva forma de entender la historia de Rusia y frente a la corriente esclavófila-populista, que creía advertir en el «mir» o comunidad aldeana, la esencia anímica del pueblo ruso y el signo distintivo de la identidad nacional, consiguió afirmarse la escuela estatista, situada en la estela de Karamzin. La decantación por esta visión de la historia se congratulaba con los intereses políticos del zarismo y de la aristocracia, persuadidos por la idea de que en Rusia, el progreso viene del Estado y la historia rusa es la del Estado, que le aproxima paulatinamente a Occidente. No obstan-

<sup>14</sup> V. N. TATISCEV: «*Rossiya Istorii*» (*Historia de Rusia*). Moscou-Leningrado, 1962.

te, esta no sería más que la primera fase de una ofensiva general contra el pensamiento histórico, la parálisis teórica y metodológica en la que se iba a ver inmersa la Historia tendría lugar durante el reinado de Alejandro I (1801-1825).

El dominio ideológico que el poder zarista llegaría a ejercer sobre toda manifestación de pensamiento racional en el terreno de la historia, se haría particularmente asfixiante durante los reinados de Alejandro I y de Nicolás I, y de las ideas liberales o afrancesadas, sólo quedarán pequeñas reminiscencias que se reactivarán efímeramente, durante el fracasado levantamiento decembrista de 1825.<sup>15</sup> Pero serán las ideas del ultramontano providencialista, tradicionalista católico, reaccionario antiliberal, enemigo acérrimo del racionalismo y de las teorías roussonianas y contrarrevolucionario de Joseph M<sup>a</sup> de Maistre,<sup>16</sup> las que junto al terror revolucionario y al imperialismo napoleónico, marcarán el camino por el que iba a transcurrir el pensamiento histórico durante estos años. La influencia de De Maistre —que pasó 14 años en San Petersburgo, cinco de ellos como enviado diplomático ante el zar—, se dejará sentir con fuerza en la historiografía rusa desde su propia base, es decir, desde los canales del Ministerio de Educación Pública, logrando que la educación rusa en general se apartase del racionalismo. De hecho, de los cinco hombres que fueron ministros de educación pública durante los años de 1810 a 1848, cuatro de ellos fueron todos miembros del círculo intelectual de De Maistre en San Petersburgo.

Los trabajos históricos de esta generación, acusan inevitablemente la influencia del autor de «*Les Soirées de Saint Petersburg*», contrario a cualquier sistema constitucional y partidario del retorno político a los sistemas autocráticos bajomedievales. El reencuentro con la figura de Iván el Terrible no se hizo esperar. Los trabajos de Karamzin (1766-1826), Kostomarov (m.1885), Kazenovskij (1775-1842), Pogodin (1800-1875), Kireevskij (1806-1856), dan buena cuenta del interés que seguía suscitando el proceso hegemónico y de centralización feudal de Moscovia frente al mosaico de principados rusos, así como su política expansionista y colonizadora. Es el caso de Karamzin, que junto con Scerbatov y Boltin, estaba convencido de que la edad de oro de la

---

<sup>15</sup> Conviene señalar que entre los detenidos y deportados a Siberia del movimiento «*de-kavrichi*» —inspirado en el ideario de los carbonarios italianos y de los liberales españoles de la Constitución de Cádiz de 1812—, se encontraban numerosos artistas e intelectuales, pero ningún historiador.

<sup>16</sup> Joseph de Maistre (1753-1821), embajador de Cerdeña en la Corte de S. Petersburgo, fue uno de los principales representantes del tradicionalismo y del ultramontanismo. Irreconciliable enemigo de la Ilustración setecentista y de la Revolución Francesa defendía la cohesión social a través de la aceptación y obediencia al poder y la fuerza.

historia de Rusia fue la de los moscovitas siglos xv y xvi, representada por el talento de Iván III y definida por la Iglesia como firme puntal del trono. El absolutismo como garantía del orden y la ortodoxia, fundamento de la virtud, eran para Karamzin, los dos factores de la grandeza nacional.<sup>17</sup> Respecto a Iván IV nos encontramos con una concepción ambivalente, por una parte es criticado por su crueldad «...*abyecto criminal, comparable a Calígula y Nerón*», dirá de él Karamzin, a la vez que le acusa de haber revocado las más importantes leyes rusas desde Iaroslav el Sabio, para dictar otras nuevas e injustas. Pero la política centralizadora y de anexión territorial del principado de Moscovia, obtiene la aprobación de Karamzin.<sup>18</sup> Kostomarov es menos indulgente que su antecesor, en su opinión, Iván no hizo nada bueno por su cobardía y si acontecieron durante su reinado algunos sucesos beneficiosos, fue por pura casualidad.<sup>19</sup> Pogodin, se muestra de acuerdo con Kostomarov, definirá en 1859 al primer zar de Rusia como un tirano sin inteligencia alguna. Si durante su reinado tuvo lugar alguna realización positiva, fue gracias a la inactividad del zar, que dejaba muy a menudo las riendas del gobierno en manos de sus consejeros.<sup>20</sup>

A lo largo de la segunda mitad del siglo xix, el personaje de Iván el Terrible sigue centrando el interés de los historiadores rusos. A través de sus obras las descripciones del carácter del zar, ensombrecen lo que debería ser un análisis objetivo de los fenómenos políticos y socioeconómicos del siglo xvi. Sin embargo, no es difícil observar un pequeño giro interpretativo en sus análisis, que a partir de ahora adopta un valor patriótico. De esta forma, se entra en la línea de las justificaciones de su política represiva, aludiendo al mal menor o a las necesidades de la Historia, sin desatender en ningún momento las referencias a su maníaca personalidad. En 1856, Soloviev justificará las acciones del zar. Este autor, considera que la lucha de Iván IV contra los boyardos era necesaria para terminar con lo que considera Soloviev como el «caciquismo», y que la guerra con Livonia, aunque no produjo el efecto deseado, evitó muchos y

<sup>17</sup> A. IGLESIAS: «Aproximación...» op. cit., p.8. No obstante, hay que resaltar que el principal defensor de la doctrina de la «racionalidad oficial» fue el Conde Uvarov, durante largo tiempo ministro de educación de Nicolás I (1833-1849) y, que el objetivo de la tríada ortodoxia-autocracia-principio nacional era la neutralización de las nuevas fuerzas revolucionarias de los nacionalistas eslavófilos como Iván Kireievski y Aleksei Jomiakov.

<sup>18</sup> N. M. KARAMZIN: «*Istoriya gosudarstva rossikabo*» (*Historia del Estado ruso*). Sankt-peterburg, 1845.

<sup>19</sup> N. I. KOSTOMAROV: «*Russkaya Istoriya v zhisnieopisanij yiyo glavneishij deiatelei*» (*Historia rusa a través de las biografías de los grandes personajes*). Moskva: Kniga, 1990.

<sup>20</sup> A. MARKOFF: «*Historia de Rusia*». Barcelona: Labor, 1930. p.57.

posibles males, «...denotando Iván su perspicacia al declararla a todo evento.» En cambio considerado como hombre, éste le acusa sin piedad censurando todos sus actos.<sup>21</sup> Samarin en cambio, pretenderá establecer un paralelismo entre las personalidades de Hamlet y de Iván IV, elaborando una imagen idealizada del tirano, convertido y redimido en un personaje shakesperiano que será reutilizada más tarde, por la propaganda estalinista. El historiador Ilovaiski también se muestra indulgente respecto a Iván el Terrible. Es descrito por éste, como un zar «...muy inteligente y sabio, de una voluntad y una perspicacia sin igual». Para Ilovaiski, lo bueno que hizo durante su reinado fue perdurable mientras que lo malo fue temporal. Añade con satisfacción, que su autocracia no ha sido igualada más que por los déspotas asiáticos. Igualmente, Luchevski se muestra conciliador, para este autor, «...el zar Iván no pudo hacer más que la mitad de lo que quiso hacer, y en cambio hizo el doble de lo que no quiso». Pero será A. Markoff quién supere los límites del absurdo y de lo irracional, al pretender explicar el conflictivo proceso de centralización feudal del siglo XVI, por los condicionamientos ambientales que rodearon la infancia del zar «...creciendo entre escenas de violencia y barbarie, Iván se habituó fácilmente a ellas». En la larga vida política de Iván todos los actos estarán motivados por una psicología profundamente desequilibrada «...desde este momento, no volvió a tolerar ninguna contradicción, deportando y condenando a muerte a todo el que mostrase disconformidad con sus órdenes». Según Markoff, de esta forma se fue incubando en el corazón del joven príncipe un odio implacable contra la Duma y los boyardos que la integraban, «...su carácter se desarrolló rápidamente y cuando menos lo esperaban los miembros de la Duma, comenzó a denotarse Iván como uno de los príncipes más autoritarios».

La ingenuidad de los planteamientos de Markoff<sup>22</sup> —inspirado indudablemente en la crónica del príncipe A. Kourbski— fue la norma general en casi todos los trabajos del siglo XIX, que más que tratar sobre la formación y consolidación de un estado autocrático feudal, se desviaron hacia trabajos descriptivos en los que la personalidad de las «grandes figuras históricas» constituían el único eje explicativo en sus discursos, asignando a estos personajes el rol de verdaderos artifices de la historia y erigiéndoles en detentadores del monopolio de la edificación del pasado y en únicos responsables del devenir histórico.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p.57

<sup>22</sup> A. MARKOFF: «Historia de Rusia». Barcelona: Labor, 1930.

A pesar de que las opiniones se entremezclan y no guardan relación con las escuelas historiográficas, durante la época presoviética destacan dos tendencias: por un lado, aquellos autores que como Karamzin, Kostomarov y Kliuchevski, sostienen que hay que buscar las razones de la «*Oprichnina*» en el carácter de Iván, al que consideran un «maniático patológico». En otro nivel están las opiniones de Kavelin, Soloviev y Platonov, que tratan de justificar el terror que representó la «*Oprichnina*» fundándolo en los «intereses del Estado ruso», los cuales exigían que los residuos de la fragmentación feudal fueran destruidos sin tener en cuenta los medios. De acuerdo con esta aseveración, el terror de la «*Oprichnina*» alcanzó ese fin por el camino de la aniquilación de los príncipes boyardos y la expulsión de sus respectivas tierras.

Durante los primeros años del régimen soviético continuaron apareciendo obras sobre Iván IV escritas por eruditos de la escuela premarxista. Siguiendo la segunda de las corrientes ya mencionadas, R. I. Vipper<sup>23</sup> realiza en 1922 una descripción de las hazañas del zar en un tono de total aprobación. El autor admira el sistema de centralización, la política de expansión del estado ruso y justifica las medidas coercitivas del gobierno. Para Vipper, la «*Oprichnina*», fue una reforma militar y administrativa de gran envergadura. Se expresa sobre Iván el Terrible en términos de completa aprobación, exaltando «*el patriotismo del gran gobernante del pueblo ruso*». Como dice L. Yareh,<sup>24</sup> al publicar su libro en una época en que la Rusia liberal se estaba desintegrando en la Guerra Civil, Vipper encuentra oportuno ridiculizar el problema de la extrema crueldad de Iván. El intenso énfasis puesto en las crueldades de Iván, la condena severa y seca de su personalidad, la tendencia a contemplarlo como un individuo mentalmente desequilibrado, son para Vipper, cosas que pertenecen a la edad de la cultura sentimental y del liberalismo a la moda.

Platonov, destacada autoridad en la historia de Rusia de los siglos XVI y XVII, interpreta favorablemente la carrera política de Iván el Terrible sin embargo, es más objetivo que Vipper y su glorificación no carece de espíritu crítico. Platonov destaca los aspectos positivos de la actuación del zar, centrándolos en las reformas que emprendió durante los últimos años de gobierno en colaboración con el Consejo Selecto. Para este autor, la «*Oprichnina*» cumplió sus fines desposeyendo a los príncipes feudales de la propiedad de la tierra.<sup>25</sup> Evidente-

<sup>23</sup> R. I. VIPPER: «*Ivan Grozhni*» (*Iván el Terrible*). Moscú-Leningrado, 1944.

<sup>24</sup> L. YAREH; «Iván el Terrible y la Oprichnina». En: BLACK C., comp. «*Rumbos de la historia soviética*». Buenos Aires: Hobbs, 1965, p.214.

<sup>25</sup> S. F. PLATONOV: «*Ivan Grozhni*» (*Iván el Terrible*) Petrogrado, 1923.

mente, Platonov no percibió la idea de que sólo se trataba de un cambio de manos en la propiedad territorial y de que a las viejas posesiones principescas, se superpondría una nueva capa de propietarios, alterándose de forma aparente la estructura de la propiedad de la tierra, pero modificándose sólo sensiblemente en su esencia. Platonov al contrario que Vipper y al igual que los historiadores rusos del XIX, realiza un diagnóstico de urgencia sobre las patologías del zar, afirmando que no padecía trastornos mentales, sino que era víctima de manía persecutoria, lo que le hizo recurrir al terror de la «*Oprichnina*», debido a que temía al Consejo Selecto.

La instauración del régimen soviético, trastornará el paisaje de la historiografía rusa. La ideología oficial de los bolcheviques se basaba en una visión de la historia, que necesariamente había de aplicarse a Rusia. Era necesario justificar a posteriori la revolución socialista e inmediatamente la historiografía anterior fue repudiada como burguesa. Desde 1920 hasta 1932 aproximadamente, la escuela de M. Pokrovski sería la encargada de utilizar la historia como un arma para la revolución, denunciando el carácter clasista de la misma y reconstruyéndola sobre los nuevos cimientos del materialismo histórico, que considera a las masas como el verdadero protagonista de la historia. De esta forma, en los trabajos de estos años, no sólo se ignora la personalidad de Iván el Terrible sino que su actuación política es minimizada de forma absoluta. Para Pokrovski, el siglo XVI ruso fue un período de dominación del «capitalismo mercantil» y considera que las reformas y la «*Oprichnina*» de Iván IV fueron un paso necesario en la construcción de tal supremacía.<sup>26</sup> Su interpretación, al igual que la de los historiadores soviéticos de la primera generación como Adoratski, Olmisnki, Piontkovski, Riasanov o Volgin, ejemplifica la concepción marxista que niega la influencia de los factores individuales en la historia. Considera, como hemos señalado anteriormente, que sus verdaderos héroes son las masas trabajadoras cuyos intereses de clase determinan en última instancia el papel de los dirigentes, la lucha —afirmará Pokrovski— no se libraba entre los individuos, sino entre las clases. Iván IV en opinión de Pokrovski, no fue más que uno de los dirigentes del movimiento represivo, pero no un autócrata gobernante temido por todos sus subordinados. Al explicar la participación del zar en la represión de la nobleza boyarda, rechazará la mistificación de su personalidad, elaborada por las precedentes escuelas históricas y que tan profundamente había quedado grabada en el subconsciente colectivo de las masas populares «...ese terror quedó en el recuerdo de la nación, y el zar Iván

<sup>26</sup> M. POKROVSKI: «*Historia de Rusia*». Madrid: Akal, 1977.

*Vasílievich recibió el calificativo de Terrible. Esto no quiere decir que Iván era un hombre extremadamente cruel, ni que su participación personal en la represión fue muy importante».*<sup>27</sup>

A mediados de los años 30, asistimos a un cambio de orientación en la historiografía soviética que comienza a apreciar de manera muy distinta la historia del Estado ruso, presentándola desde un ángulo altamente patriótico. Lo que supondrá la defenestración de Pokrovski, que había retratado a todas las personalidades y descrito todas las instituciones presoviéticas con un matiz sarcástico y había presentado sus materiales en forma teórica y esquemática. Esto, como indica C.E. Black,<sup>28</sup> no convenía a un régimen que deseaba estimular el patriotismo por el camino de la rehabilitación de ciertas personalidades selectas. En relación con ello, se dedicarán ciclos completos de trabajos históricos a la glorificación de los acontecimientos sobresalientes de la historia rusa y de sus conductores políticos y militares. De entre estos últimos surgirá nuevamente la figura de Iván el Terrible, que terminará por convertirse —como ya lo había sido durante la época zarista— en uno de los héroes favoritos de buena parte de la historiografía soviética.

En este largo camino de reconstrucción de una historia cargada de fuerte contenido patriótico, antiguos eruditos burgueses y aristocráticos, maestros en el arte de la hagiografía junto a historiadores soviéticos, desempeñarán un magnífico papel en la glorificación de Iván y en la justificación del terror desatado por la «*Oprichnina*», reconsiderada desde entonces, como una vía necesaria para la edificación de un Estado fuerte, centralizado, burócrata y autocrático. Siguiendo a Jean Chesneau,<sup>29</sup> podemos decir que el poder de la burocracia soviética —ese reticulado político integrado en buena parte por cuadros burgueses, como dirá Ch. Bettelheim— se presentaba como el punto culminante de toda la historia y su legitimidad se hallaba fundamentada para siempre, puesto que la práctica de la historia formaba parte de los mecanismos de defensa de la nueva capa privilegiada.

Algunos trabajos de este período prosiguen la «línea oficial» de glorificación de Iván IV hasta en sus menores detalles. Bajrushin en 1942, reconocerá los logros conseguidos por el soberano, durante cuyo reinado el pueblo ruso

<sup>27</sup> M. POKROVSKI: «Historia...» op. cit., p.57.

<sup>28</sup> C. E. BLACK: «Historia y política en la Unión Soviética». En: BLACK, C., comp., «*Rumbos de la historia soviética*». Buenos Aires: Hobbs, 1965., p.24

<sup>29</sup> J. CHESNEAU: «¿*Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*». Madrid: Siglo XXI, 1984.

constituyó, una fuerte y cohesionada organización política, capaz no sólo de resistir las agresiones externas, sino de cumplir las tareas propias de la política internacional. La «*Oprichnina*», fue para este autor una innovación cruel en la forma, pero que respondió en su esencia a los propósitos que guiaron su nacimiento, contando con el ardiente apoyo del pueblo ruso.<sup>30</sup> Dos años después, en 1944 se publica el estudio de I. Smirnov que vuelve a resaltar el carácter patriótico de la política de Iván IV, al que define como un gran estadista defensor de los intereses de su país.<sup>31</sup> Esta orientación de la literatura histórica durante estos años, puede ilustrarnos como dice Fontana, acerca de la subordinación progresiva de la investigación histórica a los designios de las facciones dominantes en el seno del partido comunista.

El período estalinista acabó en 1953, pero hasta dos años más tarde no se inaugurará una nueva etapa de debates, en los que los temas históricos servirán para socavar el monolitismo anterior. A partir de la muerte de Stálin, se inicia una nueva dirección destinada a poner nuevamente el acento en el papel de las masas. Una de las tareas de los historiadores soviéticos durante estos años, consistirá precisamente en demostrar sobre la base de materiales históricos concretos, que el destino de la historia está determinado por las actividades de las masas populares. En este período desaparece pues, la necesidad política que había obligado a crear la idealizada pintura de un zar,—que fue cruel por las exigencias de la época, pero sabio en decisiones. La nueva interpretación del papel de las personalidades históricas, conducirá a una revisión de la política de glorificación de los zares victoriosos y a partir de 1953 la historiografía soviética iniciará una labor de autocrítica.

Inmediatamente después de la célebre denuncia de Kruschev de los crímenes del dictador, renace el tema de Iván IV. La primera y más importante discusión tendrá lugar en 1956 y será publicada por la revista soviética «*Voprosy Istorii*» («*Problemas de la Historia*»)<sup>32</sup> ese mismo año. Las críticas contra los historiadores de la época estalinista —Vipper, Bajrushin, Smirnov, Budovnit—, no se hicieron esperar, condenando sin paliativos su tendencia a idealizar el reinado de Iván IV y la «*Oprichnina*» y su marcada intencionalidad en minimizar el carácter feudal del Estado centralizado moscovita y la institución de la

<sup>30</sup> L. YARESH: «Iván...» op. cit., p.220-221.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p.221-222.

<sup>32</sup> El interesante debate de los años 50 se publicó en 1956 en la revista soviética *Voprosy Istorii*. La extensión del artículo y la densidad de los puntos de vista que en él se exponen, merece por sí mismo un estudio pormenorizado que sobrepasaría el objetivo y la finalidad del presente trabajo. Por ello me he limitado a señalar las conclusiones más relevantes.

servidumbre. Dubrovski, será el artífice de la crítica historiográfica que en un nuevo cambio de rumbo debía sobreenfatizar los aspectos negativos del gobierno de Iván IV. En términos similares se expresarán historiadores de la talla de Sheviakov, Salnikov, Linkov, Salnikov, Kazharin, Zimin, Nosov o Porshnev. La conclusión más importante de estos debates será la necesidad de disociar el culto del individuo de los principios básicos que envuelven la interpretación del siglo XVI y denunciar las prácticas de ocultación, tergiversación y manipulación histórica llevadas a cabo bajo la dictadura estalinista, que por un extraño proceso de acrobacia mental elaboraron una curiosa genealogía de autócratas-tiranos, que nacía con Iván el «Terrible», transitaba por Pedro el «Grande» y culminaba en el último «zar» Stalin.

Este largo proceso plurisecular, a través del cual hemos podido descubrir toda una economía de prácticas discursivas en torno a la figura de Iván el Terrible, no debe ocultarnos con sus giros, cambios bruscos y transferencias, aquellos zócalos ocultos en los que la fascinación estructural por el poder ha inmovilizado durante décadas a la sociedad soviética. Los discursos del poder, incluido el revolucionario de la lucha de clases como señala Foucault,<sup>33</sup> sería retomado y adaptado a la gestión de una policía que *«asegure la higiene silenciosa de una sociedad ordenada»*. En relación con el funcionamiento de esa historia personalizada del poder, se puede afirmar que durante decenios la manipulación de la historia circuló por un cierto número de prácticas de las cuales, las más corrientes serían: el ajuste permanente del análisis a las necesidades del momento; la desaparición de personajes y de hechos históricos que pudieran contradecir el postulado según el cual, el desarrollo de la historia soviética marchaba en el sentido del progreso; la introducción de no-personajes y de no-hechos históricos artificialmente engordados para construir una historia profusa y largamente mítica. Es así como la historia durante decenios, y con mayor intensidad durante los años del estalinismo, llegó a convertirse en un escenario en donde los grandes personajes históricos y las masas populares se intercambiaban sus papeles por exigencias del guión.

Pensar que los debates de los años 50 consiguieron sentar las bases de una metodología científica y objetiva capaz de analizar el siglo XVI ruso, atendiendo a sus múltiples variables y entendiéndolo como una etapa destacada en el proceso de consolidación de un Estado feudal, centralizado y multirracial, motivado por causas económicas, políticas y geoestratégicas, e inserto en la propia dinámica del modo de producción feudal, sin referirlo a ninguna figura

<sup>33</sup> M. FOUCAULT: «Genealogía...» op. cit., p.92

histórica, no sería más que una ilusión. Puesto que todavía resulta curioso observar como en 1977, los libros de historia rusa siguen enfatizando lo trivial. Y así vemos como S.N. Sirov<sup>34</sup> insiste obstinadamente en continuar por el camino de esa literatura histórica. Según este autor, Iván IV poseía una naturaleza aguda e inteligente, brillante y elocuente y un gran talento de escritor. También destaca delicadamente sus cualidades de político y estratega ...«*era un fino político, un hábil diplomático y un exquisito organizador militar*». Sin embargo no se salta la norma al definirlo como hombre, de quien dice que era «...*violento y apasionado, nervioso, brusco e irascible. Con un carácter fuertemente despótico*». Según Sirov, Iván perdía rápidamente el dominio de sí mismo, dando pruebas de ello en su temprana juventud. Pruebas, que no tenemos ningún interés en explicar, ni desde luego en verificar.

---

<sup>34</sup> S. N. SIROV: «*Stranitsi istorii*» (Páginas de la historia) Moscú: Russki Yazik, 1977.